

CONTESTACIÓN

DEL

SR. D. BENITO PÉREZ GALDÓS

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sin necesidad de juramento, espero convencer á cuantos me escuchan de la sinceridad de mi orgullo y satisfacción por haber sido designado para contestar, en vuestro nombre, al nuevo Académico D. José María de Pereda; honor insigne en el cual todos veréis, como la veo yo, una alteración de jerarquías, y como un cambio de papeles, pues no parece natural que los ahijados presenten á sus padrinos, ni que los discípulos alcancen antes que los maestros esta clase de honores. Accidentes de tiempo y lugar, y anomalías reglamentarias que todos conocéis, han producido el caso extraño de que me encuentre aquí quien

debió precederme; y en cuanto á títulos que expliquen, ya que no justifiquen, padrinazgo que tanto me envanece, me permito invocar exclusivamente la amistad que desde muy antiguo al Sr. Pereda me une; amistad que junta en un solo haz fibras de la vida moral y del sentimiento estético, y que no vacilo en ofrecer como modelo á la gente del oficio, creyendo firmemente que es un inmenso bien y una fuerza eficaz en los turbados tiempos que corren; amistad que no ha sucumbido ni sucumbirá nunca ante divergencias de criterio en cosas muy substanciales, porque estas mismas discordias han sido para el afecto que nos liga como la forja consistente que da al metal mayor dureza y temple más fino.

Con múltiples ejemplos, bien lo sabéis, la vida nos enseña que los más vivos y durables afectos deben su firmeza á una ponderación feliz entre la comu-

nidad de gustos, reforzada por afinidades de un orden moral, y la discrepancia de opiniones, que si son profesadas con honrada convicción, dan á los caracteres el vigor de que los sentimientos se nutren. Recuerdo que en los primeros tiempos de nuestro trato, veinticinco años há, cuando hablábamos de cosas literarias, ó de las varias cuestiones políticas y sociales que con ellas se relacionan, tan pronto veíamos confundidas nuestras almas en fraternal concordia, como separadas por profundo y ancho surco que yo no veía manera de llenar. Nuestras sabrosas conversaciones terminaban á menudo con disputas, cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad. No pocas veces, llevado yo de mi natural conciliador, cedía en mis opiniones. Pereda no cedía nunca. Es irreducible, homogéneo, y de una consistencia que excluye toda disgregación. Más fá-

cilmente conquistaba él en mí zonas relativamente vastas, que yo en él pulgadas de terreno. Pero esas extensas zonas, justo es decirlo ingenuamente, las volvía él á perder en cuanto nos separábamos, y la pulgada de terreno, si por acaso lograba yo ganarla con gran esfuerzo, era recuperada por mi contrario, y á la primera entrevista nos encontrábamos lo mismo, siempre lo mismo: él con sus creencias, yo con mis opiniones. Y empleo con toda intención estos dos términos, creencias y opiniones, para indicar con ellos que Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas. Ved aquí también la diferencia capital entre nuestros caracteres considerados literariamente: Pereda no duda; yo, sí. Siempre he visto mis convicciones obscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe adón-

de va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. Él permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otras, y otras, que, una vez alcanzadas, tampoco nos satisfacen.

Esta diferencia notoria en caracteres pertenecientes á una misma generación, oblígame á repetir algunas ideas expresadas en el discurso que tuve el honor de leer ante vosotros en una ocasión para mí inolvidable. La sociedad en que hemos nacido nos da su propio sér; diríase que reparte ó distribuye en sus hijos sus calidades fundamentales, para que seamos lo que es ella misma, y hagamos real el dualismo que por naturaleza la

constituye. La sociedad presente es en todos los momentos, y con acción simultánea, revolucionaria y conservadora. Si en el orden político, regido por el tiempo, se manifiestan alternativamente y con movimiento pendular estos dos estados, en el orden literario aparecen juntamente. Los hechos alternan. Las ideas coexisten, y aparecen confundidas como apretados hilos de una tela sutil. La sociedad siente y expresa su ansia de reforma, vagos anhelos de mejorarse, ó siquiera de cambiar de postura; siente y expresa también su anhelo de reparar las energías perdidas en aquel esfuerzo. Piensa en lo nuevo; piensa en lo inmutable. Sus aspiraciones á lo desconocido se confunden con el profundo amor de su sér ingénito y de sus propiedades esenciales. Un doble instinto, y así lo expreso por no poder expresarlo de otro modo, la mueve constantemente: el instinto de

renovación, el instinto de reparación. Sus fiebres ardientes son tan naturales, como la grave sedación con que vuelve sobre sí misma, y en su propio sér histórico y castizo se encierra. Ni quiere lanzarse sin freno al vértigo de las innovaciones, ni estancarse en mohosa rutina. Desarróllase ampliamente en las dos vidas que la constituyen, porque dos vidas son, y bien podemos observarlas y reconocerlas, así en el orden social y político, como en el literario.

No necesito decir que desde que me deparó mi buena estrella el grandísimo bien de trabar amistad con Pereda, me arrastró hacia él una profunda admiración. Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más ilustres de nuestra nación, aprendí

muchas cosas y adquirí no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística. Advertí en Pereda que hombre y poeta eran uno solo, y que sus cualidades preciosas se compenetraban maravillosamente. El buen montañés escribía como pensaba, y obraba como escribía: inspiración y conciencia se confundían en una sola llama, en una sola luz. El arte y la vida no podían en él separarse; su prosa era su existencia, radiación de un alma austera en lo esencial y festiva en lo accesorio, toda pureza, convicción y exquisita donosura.

Desde el primer día de nuestro conocimiento, le ví como un gran carácter, y mi admiración y cariño fueron madurándose y fortaleciéndose con el correr del tiempo, á medida que aquel excelso ingenio desarrollaba su primorosa labor

literaria. Me seducía la firmeza de sus ideas, en las cuales veía la seguridad y permanencia de los bienes heredados; me encantaba el reposo de su noble espíritu, embargado por el culto de la vida española, y aquel afán, tan generoso como quimérico, de resucitar todo lo bello y bueno de un hermoso pasado; me atraía su caudalosa vena satírica, implacable con el prosaísmo de nuestra edad de azogue; el ardor, en cierto modo caballeresco, con que sostenía sus creencias en cualquier disputa familiar; la hermosa sencillez de su vida, no turbada por otra ambición que el santo anhelo del bien moral y del bien artístico; esa fiebre del éxito que á cada cual le empuja con más ó menos fuerza en su camino, y á él le ha llevado á ganar la corona más excelsa, produciendo obras de un valor imperecedero.

Y puesto que todo se ha de decir, y en

este acto, como en otros menos solemnes, la sinceridad es gran virtud, diré que mi insigne amigo correspondía con efusión al cariño que yo le mostraba, y en nuestras cordialidades, como en nuestras discordias, no se desmentía jamás aquella benevolencia fraternal, como de hermano mayor, con que me distinguía y alentaba. Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado ó desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y á mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes

se ha enfriado en los años sucesivos.

Examinando la vida artística de Pereda, primero como pintor de costumbres y paisajes de la Montaña, después como escritor de aliento en la novela grande, hemos de ver en su aparición un caso lógico de los más claros que podría consignar la filosofía de la historia literaria. Bien sabéis, pues aun los más jóvenes de entre vosotros alcanzan con sus recuerdos más allá del último tercio de este siglo, que los años que siguieron al 68 trajeron á nuestra sociedad y á las letras patrias grande agitación. La ruína de un estado social y político, que no hay por qué examinar aquí, y su brusca sustitución por otro, produjeron forzosamente expansiones del espíritu, mayor desembarazo en las acciones, vuelo más libre en las ideas, marcándose direcciones en cierto modo aventureras, con generosas audacias en algunos casos, con

temerarios rumbos en otros. Era la ineludible ocasión histórica en que una raza se ve impulsada con irresistible sed interna á buscar en las esferas amplísimas de los países más avanzados en la civilización, ideas y formas nuevas. Cuando una sociedad llega á sentir este anhelo de nueva sangre, es porque en cierto modo la necesita. No entraré á determinar si esta querencia del sentir y pensar de otras razas, se contuvo dentro de los límites de un prurito generoso, indicio de necesidad orgánica. Contuviérase ó no, fuese ó no demasiado lejos en su camino, era natural que se marcasse en nuestra sociedad el anhelo de restaurar su existencia castiza, de hacer recuento y nuevo uso de su caudal de ideas propias. Esta tendencia de un pueblo á envolverse sobre sí, á ensimismarse, es representada por Pereda; y por lo que al arte de la Novela se refiere, en él se en-

carnó la España soñadora de lo pasado, anhelando ser lo que fué, con la adaptación natural á las exigencias de los tiempos nuevos. Esto quiere decir que no resulta el gran escritor completamente ajeno á toda influencia de las ideas importadas, si bien esta influencia, en ingenio tan inflexible y dueño de sí, no mengua su potente originalidad. Todo lo que piensa y siente Pereda es suyo, todo de formación castiza; su labor presenta en altísimo grado los dos caracteres culminantes del arte castellano: la austeridad en las ideas fundamentales, y la gracia de la forma. Tesoros que creíamos perdidos, él los descubre donde menos se pensaba, debajo de su propia planta; aunque suele recrear excesivamente su espíritu en la contemplación y alabanza de las edades remotas, toda su creación pertenece á la realidad presente, y el lenguaje que emplea, incom-

parable por su nitidez y elegancia, no nos resulta arcáico. Es nuestra lengua, viva, coetánea, vigente; la lengua que hablaríamos si habláramos bien.

Tenemos, pues, en Pereda el contrapeso poderoso de las impaciencias innovadoras. Nuestra literatura novelesca ha logrado ese beneficio, y por eso está equilibrada, y por eso vive. Vive, porque ha podido ensanchar su esfera de ideación en mayor ó menor grado; vive, porque ha sabido sostener el alma y los modos de la raza. Lo armónico de este conjunto se comprende y aprecia mejor, advirtiéndose que las tentativas de renovación no tendrían eficacia sin ese contrapeso que les impide lanzarse á desvaríos peligrosos, ni ese contrapeso valdría lo que vale si no existiese algo que le estimula en su misión grandiosa.

Expresada, con mi torpeza natural,

esta opinión sincera sobre lo que Pereda significa y representa en la literatura contemporánea, intentaré un breve comentario de sus creaciones más afamadas; trabajo difícil que otros han hecho con grande maestría, y que yo desempeñaré como Dios me dé á entender, disimulando la insuficiencia en materias de crítica con mi conocimiento del carácter del maestro, de sus hábitos, de su modo de sér literario, y de la región venturosa que le tiene por hijo, y en la cual reside, como el alma en el cuerpo, con fusión misteriosa que sólo la muerte puede destruir, todo su sér mundano y artístico. Porque de tal modo se infiltra y compenetra el espíritu de Pereda en la región cántabra, que no hay forma ni manera de separarlo de ella. Su pensar inflexible lo vemos en la ingente majestad de las montañas altísimas; su intranquencia en los cantiles formidables que

resisten el empuje de las aguas; su gracia melancólica en las apacibles colinas cubiertas de un verdor mate; su existencia plácida y sencilla consagrada á la familia, á la amistad y al arte, en aquel ambiente tibio y en aquel plateado cielo; su pasión artística, que sufre convulsiones hondas, en aquel mar que, tan pronto furioso, tan pronto en calma, pero siempre movido y respirando con el ritmo de sus ondas inquietas, nos ofrece la imagen viva del pensamiento.

Error notorio es la suposición de que el ingenio de Pereda se empequeñece encerrándose en la tierra nativa, en la cual se arraiga su vida entera. Creo firmemente que la preferencia sistemática del ilustre autor por su *tierruca* montañesa, le engrandece; creo asimismo que por el supremo arte con que ha sabido pintar la vida en una comarca española, ha entrado tan de lleno en la vida nacio-

nal. Las creaciones artísticas necesitan suelo y ambiente. Nuestra nación carece de unidad, fuera del orden político, cuyos artificios, que sin duda responden á una necesidad, no se ocultan á nadie. Pereda ha escogido aquella parte del suelo y del ambiente en que nació y que mejor conoce, lo que siente como su propia vida, lo que es carne de su carne y hueso de sus huesos; de lo que resulta una intensidad en la creación, que no es posible sea igualada por quien empleara el procedimiento extensivo, pretendiendo pintar toda la vida española en las distintas comarcas que constituyen nuestra heterogénea nacionalidad. Y como ha sabido encontrar lo profundamente humano en la casta regional; como además posee cual ninguno el primer elemento de unidad, que es la lengua, resulta que su particularismo lleva en alto grado el sello patrio y de conjunto. En

realidad, todos somos regionalistas, aunque con menor fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más ó menos espacioso de la tierra española; porque elegimos nuestro modelo en determinadas fisonomías ó tipos de esta variada familia que se ha formado, sabe Dios cómo, de innúmeras mezcolanzas y contubernios en el tálamo de una historia en que se revolvieron diferentes razas, caracteres, temperamentos y religiones.

En esto del regionalismo he creído siempre que cada cual debe escribir como piensa, y pensar lo que vive y siente, sin cuidarse de los que regatean el sentido nacional á las creaciones que no lleven siquiera un barniz de apariencias metropolitanas. Paréceme á mí que la metrópoli es región y de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las

ranciedades más españolas, juntando los vicios de la raza á los vicios exóticos, y las marrullerías castizas á los desenfados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas. Creo que Madrid no es la capital espiritual, compendio del sentir y pensar de un pueblo, como no es capital geográfica, por carecer de condiciones físicas; veo aquí un intenso regionalismo, que podríamos llamar urbano, cual ninguno interesante y pintoresco, grande y riquísimo venero para el artista. Creo que con igual acierto se pueden imaginar y componer grandes obras de verdadera transcendencia nacional, aquí ó en cualquiera de los reinos, provincias y lugares de nuestra hilvanada nación; porque en todas las partes del territorio hay algo que es común á cuantos en él vivimos; porque la síntesis nacional existe, aunque se esconde á nuestras miradas, y si en nuestras

virtudes no sería fácil descubrirla, seguramente en nuestros defectos la descubriríamos.

Lo que importa es que el artista sepa encontrar la desnudez humana, y acierte á ornarla con el colorido local sin que sus bellezas se pierdan, y en esto es Pareda consumado maestro. Sus obras rebosan de vida, de verdad; su estilo abraza todos los tonos, desde el lenguaje privativo con que da existencia tangible á los tipos populares, hasta la expresión cadenciosa y grave que aborda los temas descriptivos, narrativos y psicológicos. Entre los principales caracteres de sus grandes obras, como *Sotileza*, *Pedro Sánchez*, *La Puchera* y *Peñas Arriba*, hay seres vivos de intensa realidad, que, sin perder su filiación montañesa, son españoles netos y sintéticos, de los pies á la cabeza, como el propio D. Quijote y el propio Sancho, que serán todo lo man-

chegos que se quiera, pero son también la representación más vital del alma y rostro de nuestra tierra.

Hizo Pereda sus primeras armas en *La Abeja Montañesa*, periódico que se publicó en Santander por los años 1858 á 1870, y de la misma época datan las primeras *Escenas Montañesas*, en que se reveló como extraordinario pintor de costumbres. Coleccionados en un volumen aquellos lindísimos grupos, dieron renombre á su autor; y cuando aparecieron los *Tipos y Paisajes*, la fama le señaló como maestro sin igual en esta clase de obras, al modo de rudimentos de novelas, ó materiales reunidos para componer cuadros más amplios y complejos de la humana vida. No todos los antecesores de Pereda en este arte de los dibujos de escenas sueltas lograron dar á sus obras el sello de la realidad, que es la virtud culminante en las pinturas del in-

signe montañés. Arte más fácil es el que consiste en idealizar aldeanos y marineros, dibujándolos con afectadas líneas, conforme á un tipo de receta que el lector se sabe de memoria antes de abrir el libro. Pereda acometió la difícil tarea de expresar con absoluta verdad los tipos populares, no apartándose del modelo que ante sus ojos le ofrecía constantemente la Naturaleza, y este procedimiento le llevó pronto á eclipsar á cuantos le habían precedido. El sistema de escrupulosa sujeción á las inflexiones, contornos y luces que da el natural, sistema empleado por Velázquez con tenaz perseverancia, que tiene algo de fe religiosa, fué empleado por Pereda, primero en sus cuadritos, después en las grandes telas de su labor novelesca. Sus planes sencillos, la derivación pausada en que presenta los sucesos, su repugnancia de las combinaciones en que la

novela parece usurpar su terreno al teatro, la lógica rigurosa, la moral franca y todas las demás calidades eminentes que avaloran las obras del insigne maestro, no tendrían tanto realce si no campeara sobre ellas la individualidad de los caracteres, arrancados del natural; no con la minuciosa atención fragmentaria del pintor que analiza en el modelo, sino sorprendidos de un solo golpe, como quien siente los caracteres en la vida real, los sorprende en los círculos de la amistad y de la familia, los encarna en las personas más queridas, en sí mismo tal vez, y asimilándose la figura, la expresa en el libro, y éste, como espejo milagroso, reproduce la imagen de quien lo escribe. Contribuye á este admirable resultado la facultad retentiva que Pereda posee como nadie, y con la cual archiva y perpetúa los recuerdos de la infancia, de la juventud, de toda la vida, agasa-

jándolos en el espíritu, hasta que adquieren esa madurez inexplicable que los habilita para pasar de los senos nebulosos de la memoria á los resplandecientes de la creación artística.

Después de las *Escenas Montañesas* se lanzó Pereda, ávido de espaciarse en regiones más altas, á la novela de aliento. *El Buey suelto*, *De tal palo, tal astilla*, y *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, señalan la segunda manifestación literaria de aquel preclaro ingenio, y lo que podríamos llamar su primera manera como novelista. En las tres obras citadas revela todo su poder narrativo y descriptivo. Preciosas escenas y cuadros de la vida montañesa se admiran en ellas; desarrollos psicológicos en los que el autor persigue fines docentes ó alguna tesis de actualidad. Pero con todos sus aciertos no llega todavía á la esfera culminante en que le vemos años después, crea-

dor asombroso de *Sotileza*, obra magistral, de la que no haré un juicio crítico, sencillamente porque no sé hacerlo: tan sólo expresaré la profunda emoción con que siento ese libro, y aprecio y palpo su verdad pasmosa. En él ha sabido condensar el gran narrador toda la poesía de la marina cantábrica, combinándola con la realidad viva, alma y cuerpo en perfecta unión. Nunca ha tenido la gente de mar pintor más hábil. *Sotileza* es, al propio tiempo, montañesa y universal, porque los seres retratados en ella son casi los mismos en todos los países: les iguala la unidad del grandioso elemento en que se consumen sus vidas de abnegación, de rudo trabajo, de candorosa inocencia. El sentir y pensar de los marinos son casi idénticos en todas las regiones donde hay mar, como éste habla la misma lengua, con más ó menos estruendo, en todas las costas y cantiles en

que rompe ó extiende sus olas. Desde San Pedro á Tremontorio, advertimos pocas diferencias en lo esencial del tipo, y en nuestra España de hoy, el pescador cántabro y el canario, como el balear y el gallego, son un solo mártir de la Naturaleza, con diferencias de lenguaje no tan notorias como la uniformidad de las ideas, y del laconismo quejumbroso con que las expresa. Resulta el libro de Pereda un poema del Océano costero, del Océano en cierto modo popular, granjería de toda una raza que en él y por él vive, con trabajos indecibles, hostigada por inclemencias de que no tenemos idea los que en tierra vivimos; raza infeliz y creyente que devorarán las galernas en el mar, y en tierra las miserias y ahogos de la vida, y que, baqueteada por las tempestades de fuera y de dentro, muere en el santo amor de las soledades oceánicas, pues no hay

afición que, como la del mar, tenga la virtud de acrecerse con las desdichas y trabajos.

Esta sociedad singular, con sus caracteres bien definidos, su sencillez ruda, su fe inquebrantable y el fondo soberano en que se agita, como ella rudo, elemental, aproximado emblema de lo infinito, la reproduce Pereda con tanta verdad como poesía. Las figuras principales del libro, Sotileza, Carpia, Muergo, el padre Apolinar, etc., son tan verdaderas, que la manipulación artística desaparece en ellas, y se nos ofrecen surgiendo con vida efectiva, cuerpo y espíritu, rostros y palabra, del seno de las páginas. En la acción sencilla y con fácil lógica no vemos la mano que compone. Creyérase que todo se ha hecho por sí mismo, con espontáneo proceder y por natural formación, sin que lo tocaran los dedos del artífice. Libros como *Sotileza*

pertenecen á la literatura europea, y para adaptarlos á una región y hacerlos caber en ella, hemos de imaginar en ésta un tamaño desmedido. Es joya tan grande, que para darle estuche tenemos que empalmar nuestra nación con otras, buscando la universalidad del sentimiento estético.

No es de menos fuerza que *Sotileza*, *Peñas Arriba*; y si en la primera erigió un monumento al mar y sus trabajadores, en la segunda ha reproducido la majestad de las alturas, donde acaba la humanidad y empiezan las nubes. También los que habitan en las montañas tienen algo de héroes y mártires, porque viven en continua lucha con las inclemencias atmosféricas, y soportan mil privaciones y trabajos. Como los que del mar y en el mar viven, los montañeses de altura son rudos, de temple vigoroso, creyentes, también apegados á la roca,

como los mareantes á las ondas traicioneras. Huéspedes de las cumbres solitarias, gozan de una espiritualidad que no es común en los que pueblan los valles templados y las ciudades bulliciosas. Pareda nos da en su bella obra perfecto conocimiento del suelo abrupto y del paisanaje que en él tiene sus inaccesibles guaridas; y si maestro es en la pintura del fondo, de las majestuosas peñas, de los tortuosos desfiladeros, áridas laderas y musgosos riscos, no lo es menos en la de aquella humanidad que se codea con las águilas, y conserva en su fisonomía perfiles acentuados de antiguos caracteres y virtudes, que el roce social va borrando en la tierra baja. De tal relieve son las figuras de D. Celso, Facia, D. Sabas y el señor de la torre de Provedaño, que no las hallaréis semejantes, como no sea en los marinos de *Sotileza*. Por el poético encanto de su austero pai-

saje, tan cercano del cielo, y la interesante sencillez, la compostura genuinamente infanzona de los hidalgos montañeses en ella pintados, la lectura de *Peñas Arriba* produce en cierto modo el vértigo de las alturas. Se siente el lector transportado á las regiones en que el aire se rarifica, la vista se desvanece, la respiración es tarda y ansiosa. El trato de aquellos solitarios, vecinos de las nubes, nos impone un respeto parecido al miedo: vemos en ellos raza de titanes, que podrían despedazarnos fácilmente entre sus dedos. Las marrullerías lugareñas son allí ya, al influjo de aquel ambiente sutil y del rudo baqueteo que impone la Naturaleza, un completo sistema filosófico mundano que da quince y raya á la gramática parda de los llanos de Castilla; pero, en cambio, la espiritualidad es mayor que en ninguna parte, y el sér moral alcanza grados de peregrina grandeza.

En *Pedro Sánchez* tanteó Pereda la novela urbana con singular acierto; y si no tuviera más títulos que éste para que su ingenio adquiriera diploma de universalidad, éste sólo le bastara. La amenidad, la gracia de este libro, de acabada compleción cervantesca, son incomparables. En el héroe, arrancado á la realidad presente, se nos ofrece una vulgaridad simpática, el tipo común de honrado provinciano, que trasplantándose á Madrid desde su aldea, en busca de fortuna, sólo encuentra aquí confusión y desengaños. Siempre que Pereda presenta un personaje en esta situación, infiltra en su alma la nostalgia hondísima de la *tierruca*, comunicándole sin pensarlo el sentimiento que en él domina, pues hombre menos cortesano no creo que haya venido al mundo. Y habréis de notar que la aversión del buen montañés á cosas y personas de esta capital, no le ha impedido

retratar fielmente la sociedad madrileña en los tiempos del 54 al 56, harto distintos de los presentes. Salones y casas de huéspedes, oficinas y barricadas, tertulias burguesas, reñideros políticos, forman en *Pedro Sánchez* una entretenida serie de cuadros urbanos, que reproducen con pintoresca exactitud la vida matritense anterior al 68. Pero el suelo nativo y el entoldado cielo montañés le llaman con irresistible sugestión, y nos da *El Sabor de la tierruca* y *La Puchera*, que vienen á ser como un enlace entre las dos obras culminantes *Sotileza* y *Peñas Arriba*: en ellas recorre el camino apacible que separa, y al propio tiempo une, los dos términos grandiosos entre los cuales se encierra la vida de aquella región: de una parte, la terrorífica inmensidad del mar; de otra, las frías alturas selváticas. Diríase que el autor, para transportarse de una á otra soledad, del

Océano sublime á la sublime altivez de los montes, ha tenido que tomar aliento y emprender despacio su camino, esparciendo el ánimo en la contemplación de los risueños paisajes que á cada paso encuentra; charlando, como él solo sabe hacerlo, con los socarrones tipos del país que de todas las corraladas, casonas y rústicos albergues salen á rendirle pleito homenaje, y á ofrecerle sus deliciosos solecismos, sus extraños modos gramaticales y prosódicos, escoria del lenguaje, que él convierte en oro finísimo de Arabia con las artes de su mágico estilo.

Por no fatigaros, no termino el recuento del caudal literario de Pereda, y el corto espacio que me resta, antes que á las obras de arte, de todos conocidas, lo consagraré á la persona, en Madrid y en nuestro tiempo, poco familiar á los ojos y al trato. Si por la gallardía de su prosa, por la irreductible firmeza de sus

ideas, en el orden religioso más que en el político, y hasta por su empaque, le creyerais transportado del siglo xvii al nuestro, por virtud de una evocación milagrosa, en que anduvieran el espíritu de Cervantes para el ingenio festivo, el de Fr. Luis de Granada para el discernimiento grave, y las manos de Velázquez para dar los últimos toques á la figura, por su decidido amor á las letras contemporáneas, por la atención con que sigue y aprecia todas sus manifestaciones, y por la cordial simpatía con que distingue á los que las cultivan, es de nuestro tiempo, nos pertenece, y con nosotros alienta y vive.

El hombre es tan digno de admiración como el escritor, á poco que se le trate. Pero habríais de ponerlos en guardia contra sus levantiscos y siempre insubordinados nervios. Podría expresarse el temperamento de Pereda con una frase imi-

tada de Quevedo, que quiero emplear aunque resulte algo estrambótica: *Érase un hombre pegado á un sistema nervioso*. Desde que empieza á componer y escribir sus obras hasta que las concluye, se desata la máquina de sus nervios de un modo tal, que inspira cuidado á cuantos le rodean. Epiléptico literario, creyérase que las ideas y el estilo brotan como chispas de su tostada epidermis, de su áspera cabellera, y hasta parece que se siente dentro de él el traqueteo de la elaboración artística, como el de un telar que trabaja con ruidoso choque de piezas mecánicas. Pero esto no es nada en comparación del estado espasmódico en que se pone nuestro excelso autor cuando, terminada la obra, y con todo esmero impresa, sale al mundo en busca de lectores que la compren, la saboreen y la juzguen. En esta expectación angustiosa, como la que precede á la bo-

tadura de un barco, Pereda no vive; sus nervios se encalabrinan y desmandan hasta lo increíble; padece ansiedades, alucinaciones, desvaríos del gusto y del sentimiento, que le llevan á considerar sus propias obras como engendros monstruosos incapaces de sacramento. El temor de que su libro sea recibido con desdén, le quita el sueño; la idea de que ha cometido un error al publicarlo, le amarga la existencia. Ciertó que, al fin, estos temores se disipan con la carta del amigo que le felicita; con el periódico que publica, aunque tarde, estudios ó reseñas de su obra, y torna el hombre á la vida jurando no volver á pasar las tremendas agonías de la gestación, parto y crianza del libro, hasta que los nervios, hostigados de la imaginación, vuelven á funcionar; la voluntad, primero rebelde, acaba por hacerles caso, y ya le tenemos otra vez armando el andamiaje y

luego la soberbia fábrica de un nuevo libro que, como todos sus hermanos, ha de salir bello y ejemplar, para gloria de las letras patrias.

Es cosa averiguada también que nuestro ilustre amigo, entre otras rarezas de su carácter, siente un grande aborrecimiento de las ciudades populosas, que interponen entre su espíritu y la Naturaleza grueso mural de calles antipáticas, de caseríos repletos, de gentes frívolas, embusteras y maleantes. Ama con pasión exclusiva los valles melancólicos de su tierra, y la capital cántabra, donde no hay piedra, ni ladrillo, ni alero, ni poste que no le hable, que no le mire, que no despierte en él sentimientos familiares, sonriendo con sus alegrías y llorando con sus penas. Cantabria es su nido, y en él encuentra el dulce atavismo que recrea su alma, y un presente fácil y plácido; en él su familia y su pue-

blo, que es más amplia familia. Las generaciones fenecidas y la viviente le interesan por igual, y entre ellas pasa sus días gloriosos, sosegado y triste, unido á las primeras por el recuerdo, que mantienen fresco las cosas materiales; unido á la otra por la franca y cariñosa convivencia. No esperéis curarle de este amor á su región nativa, enclavada entre el mar y el monte; no penséis que ha de tomar cariño á la vida bulliciosa de acá, ni que hemos de conquistarle con los honores que aquí se le tributen, honores que su merecimiento justificaría aunque fueran mayores y más ruidosos. Esfuerzo grande ha tenido que hacer para venir á recibirlos, en ésta como en otras ocasiones, no porque no los estime en lo que valen y significan, sino porque ama la soledad nemorosa, y es un espíritu soñador y meditabundo, que no puede vivir fuera de la maternal compañía de la Na-

turalaleza. Sin duda su corazón está hoy con nosotros, con cuantos cultivamos en este ingrato suelo el árbol de la literatura; principalmente con los que han dedicado sus esfuerzos á dar vida al arte novelesco, y son muchos y buenos por dicha de todos. Pero si hoy está con nosotros, no sólo en espíritu y en cuerpo, y su corazón nos pertenece, no pensemos en retenerle, porque cometeríamos un acto de crueldad. Dejémosle volver á las soledades de que nos habla en las primeras cláusulas de su discurso, porque en esas soledades existe el *alma mater* que da luz á su ingenio y lo hace pujante y fecundo. Allí está su numen, allí su felicidad. Allí le sigue nuestra admiración y la de toda España.

HE DICHO.